

Como no tienen empleada y mientras la señora ha salido a comprar cualquiera cosa, el señor Videla se ha quedado cuidando al hijo. El niño está enfermo, tiene fiebre, lo de siempre; ahora duerme. Las manos del padre que hasta hace un momento entrenfianlo, permanecen ahora indolentemente junto a los juguetes, tiradas al acaso, como si fuesen de trapo. El señor Videla se ha olvidado de sus manos, se las ha sacado y seguramente cuando él se levante permanecerán, continuarán en la sobrecama de cretona, a dos pies de la almohada. El señor Videla está sentado junto a la cama de su hijo, o más bien dicho, el señor Videla no está sentado junto a la cama de su hijo; no se llama Videla, pero es bajo, delgado, finito, usa paraguas. El paraguas no se divisa a su lado -la alcoba está en penumbra-, pero se adivina. No podría dejar de estar allí. El señor Videla no es un inválido. Tiene dos brazos, dos piernas y un paraguas. El señor ~~Videla~~ Videla es humilde su paraguas. El señor Videla... el paraguas...

Ahora las manos del señor Videla repasan suavemente la superficie de una pelota; hace muchos años, miles de años, que sus manos no hacen otra cosa que repasar suavemente, redondamente una pelota. El



Es como si le repasaran con sosiego el alma, rodondeándosela, limándosela hasta hacerla tan liviana, tan clara como una naranja ideal de gajos de aire. Esa redondez la tiene en el alma, en el cuerpo, en la voz y en el pensamiento. Ahora, pues, ha caído en la cuenta de que su alma es redonda, su cuerpo redondo y todo más allá de su cuerpo y todo gira vertiginosamente con el señor Videla, con su cuerpo, con sus brazos, con sus piernas, brazos y piernas de la ruleta enorme que es esto.

Mas, he aquí que un alfiler ha pinchado a la gran pelota. A su claridad puede ver que, efectivamente, se está comiendo una naranja, el jugo le cuela por los dedos, le arde en la comisura de los labios. Tiene la impresión de que su cabeza es una naranja, sus ojos gajos, cuando se da cuenta de que está llorando. El no acostumbra a llorar cuando come naranjas. No recuerda tampoco por qué lo han encerrado y el pensamiento acerca del origen de su llanto le quieta la pena. En lugar del rayo de luz se divisa ahora un brazo largo, teórico, con una blanca mano de yeso. El brazo es azul, la mano blanca; la combinación de los colores le hace bien, le abre una ventanita medio a medio en el pecho. Allá lejos se ve el mar y unos algodones en el cielo, y las olas, arrodilladas, deshaciéndose con ruido blanco en la orilla. Continuando el brazo hacia arriba, se puede divisar la cabeza de un militar, no es un militar, es un rostro rojo, lustroso, parece muñeco. Sus ojos están cerrados, su cuerpo parece dormir y está muerto. No está muerto, tampoco, porque he aquí que ha abierto un ojo inmenso y fijo, inmenso y fijo sobre todo, ojo de frío, de pez, que espanta, que hace que el señor Videla despierte desasosegado. El ojo sigue allí, espantable en el rostro de su hijo, pero no le espanta, no le extraña tampoco. Lo encuentra familiar, sociable, lo desea, teme que se vaya, que se desaparezca, que se trague. Se quedaría tan solo, como en su pobre niñez sin juguetes.

¡Ah, querido Videla, y todavía os piden que sonriáis, los amigos allá en la inspección, todavía se queja tu mujer de que no vives, de que no te alegras, de que nunca la gritas fuerte! La otra noche, ¿no te ha dicho que te estás arrugando como una vejiga, quedando viejo a



los cuarenta años? Pero, ¿cómo no había de envejecerse, cómo no había de arrugarse?, alma de juguete que nunca tuvo juguetes, alma de pájaro que pudo volar muy alto y ha tenido que arrastrarse toda la vida, medir la tierra que ya estaba medida.

Un poco tardía es esta inspección en las faltriqueras del alma, mas, no importa, no es tardía cuando en los bolsillos se encuentra algo, cuando del agujero de un bolsillo emerge, como de un túnel, un ferrocarril, cuando del agujero del bolsillo salta, como desde un sombrero de prestidigitador, un payado, cuando el agujero redondo del bolsillo no es agujero sino pelota, cuando, en fin, Videla, se tiene juguetes después de no haberlos conocido nunca. No importa que las manos sean torpes y nerviosas, no sepan jugar. Nada vale que la locomotora no camine, no que el payaso no gesticule, ni que la pelota no rebote; la vía férrea de la circulación sanguínea se estremece al paso de cuarenta años que son como muchos kilómetros de paisaje lunar, la pelota no quiere dar bote por temor a un loco salto de alegría que la convierta en una segunda luna allá en el cielo y el payaso no sacará de su brillante sombrero de copa un gran huevo de avestruz, que es el cráneo pelado, ridículo, frágil, del señor Videla y no lo convertirá en una sonriente cara de niño que hasta ahora no tuvo juguetes. Nada de esto importa cuando las manos pueden jugar libremente, locamente, con un tren, una pelota y un payaso, olvidadas de todo, sin que nadie pueda impedirlo, porque no es impedimento un niño que va a morir, que ha jugado toda la vida, que está enfermo de jugar, que muere cómicamente como un payaso, con un ojo muy abierto y muy grande, con un ojo que ocupa toda la cara; un niño que está convertido en un ojo grande y muriente, frío, solidificado, que morirá irremisiblemente.

Está muerto ya, ese ojo lo está diciendo: "Apagadme, sopladme y veréis que me desmorono, porque yo soy lo último que de él queda, lo último, el ojo". Soplar no cuesta nada, corazón de miel, Videlita, Escucha cómo hasta estos labios se estirán para soplar, mira cómo han soplado en conciencia, como el sacristán apaga suave las velas de la iglesia.